

Caja 6.

Fichas Informativas

CENTRO DE DOCUMENTACION
SECRETARIADO LATINOAMERICANO
Apdo. postal 20-143 MEXICO 20, D.F.

5

DAX ROMEROS M.D.M.

ENRIQUE DUSSEL

LA IGLESIA EN ARGENTINA (1968 - 1978)

En este país se vive entre 1968 a 1973 (en realidad exron-
dremos hasta junio del 73), una exreriencia particularmen-
te profunda en su historia de la Iglesia; una de las rági-
nas más activas. La "resistencia peronista" comenzó ya en
1956-1957 y seguirá siempre presente. Juan Carlos Onganía
ascendió al poder el 28 de junio de 1966 y en 1968 estaba
ya fuertemente debilitado. Será clave para ello los acon-
tecimientos de ese año y esrecialmente el 1969, que desen-
cadenará su derrocamiento el 8 de junio de 1970 (1). El as-
censo de Roberto M. Levingston el 13 de junio no mejoró -
las cosas. La presión del pueblo iba en aumento y desde -
que el 29 de marzo de 1970 fué secuestrado el General Aram-
buru (2), la guerrilla urbana y foquista-rural se hizo pre-
sente.

A fines de 1971 había 27 oficiales asesinados, 54 civiles,
7 secuestros rararoliciales. En 1972 aparece el ERF (ejér-
cito Revolucionario Popular) y secuestra al industrial Sa-
llustro. Se produce la matanza de los guerrilleros en la
prisión de la marina en Trelew (3). Perón regresa en no-
viembre de 1972. Se realizan elecciones generales el 11 de
marzo de 1973 y las gana el peronismo, el FREJULI (Frente
Justicialista de Liberación). Hector Cámpora toma el poder
el 25 de mayo. Cuando Perón retorna de España a Buenos
Aires, el 20 de junio de 1973, se produce la matanza de
cientos de jóvenes peronistas en Ezeiza y con ello podemos
decir que finaliza esta etapa. Desde la renuncia de Cámpo-
ra (el 13 de julio) la conducción quedará cada vez más en
manos de grupos de derecha y la reresión y persecución de
las vanguardias del rueblo y de los cristianos comprometi-
dos con los robres irá en aumento. Podemos decir que desde
ese momento se anuncia ya el posterior golpe de Estado for-
mal militar.

Era una época en que se respiraba el impacto renovador del
Vaticano II. El arzobispo de Buenos Aires, Juan Carlos Aram-
buru, lanzaba un "Plan de pastoral" con el objetivo de "que
el pueblo de Dios se comrenetre del Concilio", a fin de re-

novar la parroquia, la familia, los colegios religiosos, etc. (4). Sin embargo, muy pronto, comenzará a tornarse hegemónica la cuestión de la función extraeclesial del cristiano. La realidad del país lo exigía, pero igualmente Medellín influyó de inmediato. En una pastoral de Mons. Antonio Plaza, de La Plata, se declara que "es importante que los cristianos, cualquiera que sea su condición, comprendan que esta tarea de redención del atraso y de la miseria y la lucha por cambiar las estructuras -decía en noviembre de 1968, dos meses después de Medellín- socioeconómicas y políticas injustas, no puede ser atacada como tarea de subalterno materialismo, ya que es cometido esencial de la vocación cristiana de militante" (5).

En efecto, la situación en el Norte, en especial en Tucumán, era insostenible. En enero de 1967 la policía mató a Hilda Guerrero en una manifestación del ingenio azucarero Santa Lucía. En la diócesis de San Isidro, el Padre Fernández Naves, de la OCSHA, es destituido por "desobediencia eclesiástica", renunciando también los Padres Parajón, Adame y Fernández, que regresan en señal de solidaridad y protesta a España. El grupo de sacerdotes había tenido con el obispo enfrentamientos por la orientación pastoral (ellos querían comprometerse al nivel de sacerdotes obreros). Todo tocó a su fin, cuando el 8 de diciembre de 1967, el intendente quiso realizar como todos los años una procesión en el Tigre. El párroco Fernández dijo que no habría procesión porque el intendente había dado orden de desalojar un barrio humilde. El obispo Aguirre comentó: "El conflicto con las 3.000 familias se trata de un problema serio, pero no es posible concederle tanta importancia. De lo contrario la Iglesia no podría estar nunca de fiesta" (6). El párroco se mantuvo firme, y debió abandonar su parroquia. Ocho sacerdotes obreros argentinos dejaron la diócesis; uno de ellos firmará después el documento de Buenaventura del movimiento sacerdotal de Golconda.

El 7 de enero de 1968 el gobernador de Tucumán acusa de subversivo al sacerdote Rubén Sánchez, que encabeza la manifestación del ingenio San Pablo. El vicario capitular de la arquidiócesis, Víctor Gómez Aracón, defiende al sacerdote y responde al gobernador. El sacerdote inculpa declara:

"Lo único que he hecho es aplicar documentos de la Iglesia y los conceptos más elementales del Evangelio. Lo que ocurre es que esos documentos son generales -estamos antes de Medellín-, universales, y cuando se los declama así, en general, todo el mundo está de acuerdo. Pero cuando se trata de aplicarlos a la realidad, llaman la atención y se los califica con epítetos como subversión o perturbación" (7).

Lo cierto es que el obispo Gómez Aragón fué reemplazado por Blás Victorio C. nrrero, que al llegar dijo: "Desconozco lo que pasa en Tucumán". Vemos en este caso, y en todo el transcurso posterior de los hechos, una como ruptura entre el presbiterado y las bases y los miembros de la jerarquía -salvo contadas excepciones-.

El 8 de mayo, con excepción, el obispo de San Luis, Carlos Cafferata, enjuicia al gobernador y mantiene ante él una valiente postura. Lo mismo puede decirse de Mons. Iriarte, obispo de Reconquista, que había hecho conocer una pastoral sobre la "veronzosa explotación" de los habitantes de la región del nordeste argentino.

Mientras tanto en Rosario el diálogo obispo-sacerdotes había llegado a su peor expresión: el 18 de octubre de 1968 se generaliza la crisis y cuatro sacerdotes entregan al arzobispo Guillermo Bolatti un documento donde se indican las conclusiones de un grupo renovador. Los acontecimientos se precipitan: el 23 de enero de 1969 aparece en los diarios una solicitada de cursillistas en apoyo al arzobispo. El 15 de marzo 30 sacerdotes rosarinos presentan su renuncia colectiva: el 10 de abril se adhieren 53 sacerdotes de la arquidiócesis y 300 de todo el país; el 29 de junio se aceptan las renunciaciones; el mismo día los laicos de una parroquia, Cañada de Gómez, toman la parroquia en apoyo de su párroco. El 17 de julio para tomar posesión el nuevo párroco, Fray Montevideo, debe hacerse con protección policial. Se producen disturbios; la policía usa armas de fuego y quedan heridos de bala cinco laicos y veinte son detenidos. Se trata del primer acontecimiento de este tipo en la historia de la Iglesia latinoamericana. El primer caso de ocupación del templo y su desalojo por las armas.

Tiempo antes, el 4 de abril de 1966, en la Iglesia "Corpus Domini" de Buenos Aires, los laicos demostraron para mostrar su inconformidad por el cambio de su párroco el Padre Néstor García Morro. Pero no hubo uso de violencia.

La Iglesia entraba en una época de maduración. Por ello Mons. Alberto Devoto, obispo de Goya, decía que "algo ha sucedido que nos hace replantear el espíritu de la celebración de la Navidad" -escribía a fines de 1969-. Nuestra manera de vivir, las exigencias del amor ¿es capaz de revolucionar el mundo?, ¿es capaz de transformarlo de tal manera que la auténtica fraternidad sea una realidad entre nosotros?, ¿es capaz de ir creando un mundo en el que un nuevo orden social permita gozar a todos de sus legítimos derechos? (8). Algo después Mons. Antonio Quarracino había declarado que "la auténtica fe salva, porque impulsa a luchar por la liberación del hombre, de cuanto lo despersonaliza (...): la ignorancia, el hambre, la esclavitud en cualquiera de sus formas" (9).

El episcopado se reunió en San Miguel del 21 al 26 de abril de 1969, para aplicar a Argentina las conclusiones de Medellín (10). Es una declaración ejemplar, que por supuesto será objeto de críticas, como la que lanza Jorge Mejía cuando dice que "me inquieta que orientemos la evangelización de Argentina y América latina con algunas categorías de la CEPAL (sic) y me suena en el oído interior la frase de Pablo cap. 12 de Romanos ("No os conforméis a este siglo"), y estoy tentado de glosar: con ningún pretexto, ni siquiera el de evangelizar a los pobres" (11). Esta famosa declaración fué la mejor en los 60. Ante la crisis que se estaba viviendo en la Iglesia y en el país, los obispos hablan de "institucionalizar el diálogo" (12), lo cual, como veremos, será muy difícil. Con realismo, y en primer lugar los obispos se ocupan de los "sacerdotes" (13). Pero lo más relevante fué el tratamiento de la cuestión de la "Pobreza en la Iglesia", en cuya exposición central se habla de "la Iglesia de los pobres", y se indica: "La Iglesia sacramento de Cristo es la Iglesia de los pobres (...) La comunidad cristiana primitiva reflejó en su convivencia, esa pobreza voluntaria. 'Nadie consideraba sus bienes como propios (...)' (14). Se llega a definir que la Iglesia "demostrará su disposición al pleno servicio de los pobres, mediante la disponibilidad de los miembros consagrados de la Iglesia (sacerdotes, religiosos, etc.) para aceptar las ubicaciones y tareas que la Iglesia les señale para el bien de la comunidad y de los sectores más comunicados" (15). Veremos como muchos de esos miembros consagrados, al cumplir con esta disponibilidad, deberán afrontar la prisión, la tortura y hasta la muerte, pero, frecuentemente, ... sin el apoyo de sus propios pastores. En Marcha aparecía un artículo de Gregorio Selser indicando que el "texto final resultó una concesión de compromiso frente a las autoridades de turno (Onganía), a pesar del testimonio de Pironio, pero favorecida (esa concesión ante las autoridades) por los arzobispos Vincentín (Corrientes) y Tortolo (Paraná)" (16).

La situación no es fácil. Las posiciones se polarizan. El movimiento de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad (TFP) lanzó una campaña de recolección de firmas para enviar un mensaje al Papa Pablo VI, y ya habían firmado obispos tales como Mons. Tortolo y Vincentín, donde se decía que era necesario tomar medidas "para que sea enteramente eliminada la acción de eclesiásticos y laicos progresistas, favorables al comunismo" (17). Por el contrario, Mons. Zazre escribe una carta pastoral para "dar a conocer la motivación teológica de los temas de Medellín y el estudio realizado en el Encuentro sacerdotal de Calamuchita, para urgir la colaboración consciente y activa de los grupos más comprometidos" (18).

Paralélamente a estos momentos conflictuales había ido madurando un movimiento presbiteral. Se reúnen sacerdotes en Quilmes en 1965; en 1966 hay una reunión en Charadmalal sobre "Iglesia y mundo"; el 11 de mayo de 1967 se reúnen intergrupos sacerdotales en el mismo lugar; el 25 y 26 de mayo se efectúa otra reunión en Buenos Aires, sobre el tema del Tercer Mundo, socialismo y Evangelio; el 15 de agosto se conoce el "Mensaje de 18 obisros del Tercer Mundo", no siendo ninguno de ellos argentino; el 11 y 12 de noviembre se reúnen en Santa Fe sacerdotes y laicos de diversas zonas. En enero de 1968 un grupo de sacerdotes piensa promover una adhesión a la declaración de los obisros del Tercer Mundo, y, superando los cálculos más ortimistas, firman hasta 320 sacerdotes de todo el país. El "equipo promotor" convoca una reunión nacional.

El I Encuentro Nacional se llevó a cabo en Córdoba el 1 y 2 de mayo de 1968, teniendo como documento de base la declaración de los obisros del Tercer Mundo, se estudiaron los problemas de las regiones y se acordó publicar una carta sobre la violencia a la II Conferencia General del CELAM: (19) "Somos cada día más conscientes de que la causa de los grandes problemas que padece el Continente latinoamericano radica fundamentalmente en el sistema político, económico y social imperante en la casi totalidad de nuestros países" (20). Es la toma de conciencia de "lo político", tal como los obisros lo enunciaban: "La Iglesia no está casada con ningún sistema, cualquiera que éste sea, y menos con el "imperialismo internacional del dinero" (Populorum progressio), como no lo estaba a la realeza o al feudalismo del antiguo régimen, y como tampoco lo estará mañana con tal o cual socialismo" (21). El 15 de septiembre de 1968 aparece "Enlace" la publicación periódica del Movimiento.

El II Encuentro se llevó a cabo el 1-3 de mayo de 1969 en Colonia Caroya (Córdoba), participando como delegados 80 sacerdotes de 27 diócesis. El III Encuentro se efectuó en Santa Fe el 1 y 2 de mayo de 1970 con 117 participantes. Desde marzo de 1968 el Movimiento se hace presente en todas las provincias, declarando su opinión acerca de los más graves problemas sociales y políticos (22). Esta presencia profética molestaba continuamente al gobierno de fuerza de Onganía, hasta que el secuestro del general Aramburu dió el motivo para "enredar" al Movimiento, hasta prácticamente obligar al episcopado a decir su palabra. La comisión permanente del episcopado se pronunció el 12 de agosto de 1970, "Al pueblo de Dios", llamando seriamente la atención al Movimiento acerca del socialismo, la violencia y otros temas. En octubre se conoció la "respuesta del Movimiento para el Tercer Mundo a la comisión permanente" (23), que manifies-

ta una prolija elaboración y un notable manejo de la cuestión teológica. La respuesta sorprendió a los obispos por su precisión, ortodoxia, clara defensa de la institución pero acertada apertura misionera, todo en un espíritu latinoamericano. Nunca, nadie, había respondido de esta manera. Honestamente la comisión permanente comprendió que se encontraba con un hecho novísimo: los teólogos -si se nos permite- le corregían la plana. Pero es más, esta respuesta dió al Movimiento una verdadera "Declaración de Principios".

Como los obispos le reprochan al movimiento sacerdotal el apoyar una puesta en común de los medios de producción, el movimiento responde:

"Nadie ignora y mucho menos pueden ignorarlo nuestros obispos que, si bien la solución colectivista estatal es un peligro, la situación real que oprime a nuestro pueblo es la capitalista, el 'sistema empresarial latinoamericano y, por él, su economía actual, responde a una concepción errónea sobre el derecho de propiedad de los medios de producción, y sobre la finalidad misma de la economía', al poner 'como presupuesto la primacía del capital, su poder y su discriminatoria utilización en función del lucro' (Medellín, Justicia III, 10). (...) Es esta situación concreta, claramente denunciada por nuestros obispos, la que nos hacía y hace proponer la urgente búsqueda de un nuevo sistema social del que se erradique total y definitivamente toda dominación y explotación del hombre por el hombre" (24).

Y más adelante se dice:

"Hemos visto que los primeros cristianos interpretaron que para responder a los ideales evangélicos debían vivir en comunidad de bienes, pero debemos decir que, de por sí, el mensaje evangélico no implica el socialismo científico como forma de vida social, no es una ciencia, ni una técnica de la organización social, pero tiene determinadas exigencias que son satisfechas o traicionadas en los diversos sistemas políticos y económicos" (25).

La muerte de un estudiante, Juan José Cabral de la Universidad en Resistencia, lanza todo un movimiento que se generaliza. En La Plata, Tucumán, Santa Fe, Buenos Aires y Salta hay movilizaciones. Se produce un Mendozazo, con quema de autos y manifestaciones. Rosario es declarada zona militar. El 29 de mayo de 1969 estalla en Córdoba un movimiento estudiantil -obrero y desrués popular-, que hace temblar al gobierno. Obreros de las plantas industriales marchan sobre la ciudad; barricadas, tiroteos, manifestaciones. Raymundo Ongaro, líder sindicalista cristiano, dice que "el nivel de conciencia manifestado en esta legítima sublevación popular, el heroísmo a torrentes, la certeza de la victoria final, pusieron en estas

jornadas el sello de los grandes cambios históricos" (26). Y la Iglesia esta vez, estaba profundamente comprometida en los acontecimientos.

El obispo de Presidente R. Sáenz Peña, Monseñor Italo Di Stefano, sale en defensa de la juventud: "Puedo atestiguar que su espíritu es limpio, auténtico, renovador (...) Mucho del espíritu del Evangelio campea en ellos". Por su parte 17 sacerdotes mendocinos dicen que "la actitud de nuestros estudiantes no puede ser tomada a la ligera (...) Nuestro cómodo apego a la tranquilidad nos vale este estado de minoridad permanente a que nos condenan los regímenes militares sucesivos. De ninguna manera quiere nuestra reflexión alentar a los viejos políticos profesionales (...) Es el pueblo -y solo él- quién se moviliza" (27).

Mons. Devoto, de Goya, explica que "se trata de un conflicto entre generaciones, o para decirlo con más exactitud, de un conflicto entre quienes detentan el poder y quienes quieren hacer uso de sus legítimos derechos a la libertad de expresión (...) Lo que debemos lamentar en este caso es que la represión brutal haya excedido notablemente lo que parecía ser las justas reclamaciones de los estudiantes". Y el obispo continúa:

" Los recientes episodios de Villa Quinteros, en Tucumán, y en el norte santafesino, muestran claramente que la violencia empleada por las autoridades no responde a la confusión al nerviosismo del momento, sino a toda una actitud premeditada para ahogar por la violencia cualquier tentativa de salir en defensa de los legítimos derechos. Y cuando un pueblo no puede canalizar sus aspiraciones por los medios habituales, es normal que busque otros medios, otros caminos para expresar sus reclamos" (28).

Por su parte Mons. Raúl Primatesta, arzobispo de Córdoba, declaraba el 26 de mayo:

" Los acontecimientos de los últimos días han despertado en todos la conciencia de que existe en el país y también en Córdoba, una situación grave de orden social y humano (...). No se puede aceptar una sociedad en la que los intereses de grupos dominen sobre el bien común, en la que ciertos sectores del pueblo, por su afligente situación social, no logren plenamente ser gestores de su propio destino, y, en la que la juventud no pueda cumplir su misión en el proceso de maduración de la historia nacional" (29).

El día 28 se expresó igualmente el Secretariado permanente del episcopado. La represión se había lanzado en el nivel nacional. Los sacerdotes del Movimiento del Tercer Mundo interpelan:

" Comprobamos a la vez la creciente y brutal represión de las Fuerzas guardianas del llamado orden: se hace fuego sobre el pueblo indefenso: se encarcelan sus dirigentes; se los tortura; se allanan sus domicilios, tratándose así de acallar e intimidar a un pueblo oprimido que solo pide trabajo, dignidad, justicia. Y todo esto se oculta o tergiversa ante la opinión pública" (30).

¡La "Bestia" había mostrado sus garras! De todas maneras fué fuertemente sacudida y herida en parte. La violencia del gobierno hundió a Onganía, pero no al sistema de la "Seguridad Nacional" que el país nunca había conocido, pero que comenzaba a instalar sus aparatos.

En ese mismo mes de mayo se dejó oír la voz de un profeta que tiempo después regará con su propia sangre la tierra de su diócesis. Mons. Enrique Angelelli, de la Rioja, desde su praxis de pobreza declara igualmente:

" Creemos que estamos en una hora histórica. Ella exige claridad para ver, lucidez para diagnosticar y solidaridad para actuar (...) No ha dejado de ser la hora de la palabra, pero se ha tornado dramática urgencia la hora de la acción (...) Hace falta valentía, liberarnos interiormente del pecado y de toda burguesía del espíritu; ser sensibles y atentos a los signos de los tiempos; sinceros para con nosotros mismos y consecuentes, en la vida, con el Espíritu que proclamamos" (31).

Sigamos un poco, hasta el fin de nuestra etapa, al santo obispo de la Rioja, en algunos acontecimientos que presagian su muerte martirial. El 27 de octubre se reúnen sus sacerdotes en Los Llanos, en la ciudad de Chamental, y declaran que "frente al panorama de postergación (La Rioja había sido en la época colonial una de las más florecientes ciudades) y marginación, de injusticias y de condiciones infrahumanas, nos sentimos urgidos por nuestra función profética a levantar la voz y denunciar esta situación donde Cristo vive risoteado, humillado y crucificado en la persona de nuestros hermanos llanistas" (32). El obispo Angelelli defiende a sus sacerdotes acusados por sus declaraciones, de subversivos, porque "la Iglesia de La Rioja -dice valientemente- no dejará de denunciar las situaciones y estructuras que opriman al hombre" (33). En las Jornadas Pastorales del Decanato de Los Llanos, se decide erradicar el rancho, crear fondos rotativos para vivienda, construir escuelas y hospital, y un sistema de crédito agrícola. Mejorar los caminos, reparar las represas. En el campo religioso "actualizar el Concilio y Medellín".

Por todo ello el gobierno provincial de La Rioja quiere intimidar al obispo y le impide la transmisión por radio de la

Misa, que habitualmente celebra Mons. Angelelli. En su último sermón había fustigado a un ministro que impedía a la Iglesia comprometerse con los pobres (34). Dos sacerdotes de su clero son arrestados, Antonio Gill y Enri Praolini, además del dirigente laico Carlos Illanes. Este hecho se consumaba el 25 de agosto de 1972. Monseñor proyectó celebrar una Misa ante el palacio del gobernador, pero al impedírsele lo hizo en la catedral y se pidió públicamente que no fueran maltratados (35). En la carta a sus sacerdotes presos, escribía el obispo:

" Para vos Antonio: Dejaste hace unos años tu Patria: Irlanda, sacudida como la Argentina por la violencia (...) Hace un año aceptaste gustoso ser sacerdote del presbiterio riojano, y asumiste la condición de pastor y amigo para caminar con este pueblo (...) Tu bicicleta debe sentirse tranquila, porque ahora está recostada en el muro de tu pieza, no la dejabas en paz un momento dando vueltas por tus barrios (...) Hoy en La Rioja te tiene demorado en la Policía Federal (...) Les escribiré a tu casa, de que no teman por el hijo. Que sean felices de haberte engendrado como eres (...) A tu Congregación religiosa les quiero decir que sepan que aquí tienen un testigo".

Después siguen unas palabras para Enri y termina para ambos:

" Piensen que en ustedes, como en la vida de nuestro pueblo, se están dando los pasos, como en Cristo, que va desde el Pretorio hasta la Pascua" (36).

El obispo anuncia además que se adelanta la celebración de la fiesta popular del "Tinkunaco" (encuentro del Niño Alcalde y San Nicolás), pero nuevamente el gobernador Lucchesi, y por presión de las Fuerzas Armadas, lo prohíbe. Cuando llega a La Rioja el presidente Alejandro Lanusse, el obispo no se hace presente, ni hay ninguna celebración religiosa por "las calumnias, persecuciones, difamaciones y violencias que se perpetran contra el pueblo de La Rioja" (37). El 5 de septiembre de 1972 se arrestan a dos laicos militantes del Movimiento Rural: Carlos Dimarco y Rafael Sifré. La historia continuará hasta con el asesinato martirial de Mons. Enrique Angelelli. Arturo Paoli, hermanito de Charles de Foucauld, en La Rioja escribía a sus superiores en Francia, con respecto a todos estos sucesos, recordando a Jeremías:

" 'Querría tomar un jarro y romperlo sobre sus parquets bien pulidos y gritarles: -Asimismo quebrantaré yo a este pueblo y a esta ciudad, como quien rompe este cacharro de alfarería que ya no tiene arreglo' (Jerm. 19,11). ¿Quién podrá llegar a sus oídos

y a sus corazones, quién podrá persuadirlos que ustedes hacen sufrir tanto a tanta gente y que están oscureciendo la Iglesia?" (38).

¿Se referirá Paoli a las autoridades o también a otros obispos? Otra zona de conflicto fué Neuquén, donde Mons. Francisco de Nevares asumió una actitud cristiana de evangelización de los orrimidos. El conflicto de más de 5.000 obreros contra la patronal, en la construcción de las obras gigantescas del dique Chocón-Río Colorado, dada la posición del sacerdote obrero Pascual Rodríguez, que fué elegido por sus compañeros y con los que dirigió una larga huelga que debió ser sofocada por el ejército. En diciembre del 69 comienza la huelga. El obispo lleva de comer a los obreros detrás de las barricadas (39), y declara: "La mayor obra argentina del siglo XX podría transformarse en la mayor vergüenza argentina del siglo XX". El obispo hace conocer su pensamiento en un documento sobre "La situación económico-social del norte de Neuquén" (40). El obispo declaró que:

" Hidronor ha incluido en el Plan de la Villa Permanente del Chocón una capilla. Mientras Hidronor no lleven adelante las relaciones sociales y laborales con sentido cristiano, la construcción de la capilla será una farsa a la que no me puedo prestar. Si se construye no habrá Misa en ella hasta que no se cumpla la condición mencionada" (41).

El presbiterio de Neuquén, por su parte, acuerda "destinar las limosnas de las Misas del próximo domingo a las familias afectadas".

Pero los conflictos continuaron y se agravaron con la presencia del presidente Lanusse en Neuquén. En 1971 el obispo se niega a consagrar la capilla antedicha. El vicario castrense, Mons. Bonamín, la consagra contra la voluntad de Mons. de Nevares. Se produce un enfrentamiento de jurisdicciones que es elevado hasta el episcopado nacional (42). Sobre la capellanía castrense se llega a preguntar: "¿Es ésta una especie de capellanía que mira a ejecutar ciertas voluntades o deseos de los jefes militares, o una institución pastoral que proclama el Evangelio a todos sin distinción, respetando la función de los obispos?" (43).

Mientras tanto hubo un enfrentamiento entre el obispo Vincentín de Corrientes, por el hecho de haber excomulgado al Padre Maturet, porque había hecho citar al obispo ante el Juzgado Civil por complicidad con la policía (44). Maturet estaba comprometido en uno de los barrios populares de la ciudad. Los fieles ocuparon la parroquia del sacerdote Raúl Oscar Maturet. "Monseñor Francisco Vincentín solicitó al poder ejecutivo de esa provincia, su ayuda policial para desalojar tres capillas que ese obispado decidió clausurar. Las iglesias clausuradas habían sido ocupadas por fieles católicos

luego de la excomunión del titular" (45). Vemos entonces que se produjeron enfrentamientos abiertos dentro de la Iglesia, inevitables, dolorosos, pero que no se pueden culpar al pueblo cristiano.

De la misma manera, Mons. Tortolo, presidente del episcopado, obispo castrense (y que por ello aparecerá en la foto hecha pública junto a la Junta Militar el 24 de marzo de 1976), que prohibió a la CLAR realizar en Córdoba una reunión de superiores y superiores por el inconveniente que esto podría significar, que en su seminario exigía a los seminaristas llevar sotanas todo el tiempo en Paraná, intentó "una condenación mucho más fuerte" contra los sacerdotes del Movimiento para el Tercer Mundo (46), llegó a pretender corregir a sus mismos hermanos en el episcopado. Cuando Mons. Zazpe, arzobispo de Santa Fe y presidente del Departamento de Pastoral del CELAM, escribe una valiente pastoral sobre la situación del país, sobre las injusticias y la posición de la Iglesia, el obispo de Paraná, no deja de anotar que los obispos no deben dejarse llevar por su "opinión personal" sobre los acontecimientos. Y cuando la Marina interrumpe una Misa en Bahía Blanca el 11 de octubre de 1970, en la Catedral, y el obispo del lugar, Mons. Esorto, reaccionó enérgicamente junto con todo el clero en defensa del Padre Biancucci, Mons. Tortolo hizo una declaración "contra el arzobispo de Bahía Blanca" (47), que defiende a su clero rebelde. El presbiterio respondió a Mons. Tortolo que no tenía por qué opinar por cuanto no tenía jurisdicción. El obispo de Paraná será una figura clave en la reunión del CELAM en Sucre y en la reorientación de la constitución del claustro de profesores del IPLA que se fundará en Bogotá posteriormente.

El año 1969 había terminado con el anuncio del 12 de noviembre por parte del presidente Onganía, de que se consagraria el país a la Virgen de Luján. Los sacerdotes del Movimiento para el Tercer Mundo declaran que "esperamos que el pueblo no responda a una tal invitación en la que la religión servirá para calmar sus inquietudes". Los obispos están divididos. Los obispos de Goya, San Luis, Neuquén, no aceptan esta consagración. Mons. Rau de Mar del Plata la cree inoportuna. Desde ese momento la represión antipopular fué en aumento. El 15 de diciembre la policía irrumpió en un seminario de la MIJARC, que realizaba un mes de estudios desde el 17 de noviembre al 20 de diciembre de 1969, con presencia de africanos, asiáticos, europeos y latinoamericanos (48). Como se había secuestrado al ex presidente Aramburu la violencia crece. Sin embargo, algunos expresan que "parece ser que la violencia privada es inmoral y la oficial legítima" (49). El 1970 trae todavía mayor violencia, entre ellos se conoce el asesinato de José Alonso,

líder sindical. El Padre Carbone es condenado a dos años de prisión (50). El 16 de octubre de 1970 se produce un procedimiento policial en la parroquia de Cristo Rey de Buenos Aires, y son detenidos algunos fieles (51), aduciéndose la presencia de explosivos. Además se promulga la ley 18.953 por la que se implanta la pena de muerte (52). Todo culmina cuando Mons. Devoto y Mons. Jorge Kemmerer presentan a los obispos reunidos en sesión ordinaria del pleno a la militante de la Acción Católica Rural, Norma Morello, detenida por el ejército y torturada de la manera más vil e inhumana (53). Estos pocos ejemplos, de los mucho más numerosos, no se oponen a que Mons. Aguirre, obispo de San Isidro, responda a los abogados que denuncian la tortura que:

" Son los prisioneros los que se dan golpes en sus celdas y acusan después a la policía. ¡No se puede perforar los muros para testimoniar!" (54).

Esta explicación pareciera justificar el relato de la policía en el siguiente caso:

" El Padre Gerardo, ordenado sacerdote en la congregación salesiana en 1971 (...) fué llevado en un jeep hasta la cárcel (...) El Director del Colegio se enteró y de inmediato fué a la cárcel (...) Lo encontró en el piso de una celda, casi inconsciente, con una herida en la cabeza (...) Luego la policía dijo que al descender del jeep había sufrido una caída que le había causado una grave herida en la cabeza, por lo cual posteriormente había muerto" (55).

Más de 150 sacerdotes y 16 congregaciones religiosas se dirigieron a Pablo VI para deplorar "el silencio del episcopado argentino ante arrestos arbitrarios, secuestros, y ante el nuevo proceso del Padre Carbone" (56), que había sido nuevamente arrestado el 6 de enero de 1972.

El episcopado había dicho algo el 12 de agosto de 1970 sobre "los últimos acontecimientos de violencia, secuestros y asesinatos" (57). El mismo arzobispo de Buenos Aires, Mons. Juan Carlos Aramburu, en una carta a sus sacerdotes habla de los "estériles ataques y alevosos crímenes, en impresionante violación grave de la justicia" (58) pero lo hace desde una posición de prescindencia, ya que dice que "no favorece a ninguna ideología, ni partido humano, sino como heraldos del Evangelio y pastores de la Iglesia empena toda su labor en conseguir el espiritual incremento del Cuerpo de Cristo" (59).

En Neuquén el gobierno prohíbe al obispo ver a sus presos; en Córdoba 130 miembros de comunidades de base fueron dispersos por la policía; en Formosa el gobernador suspende los cursos cristianos radiofónicos; en Rosario y Resistencia hay cinco sacerdotes del Movimiento del Tercer Mundo presos (60). Por ello, el documento "Todo argentino es mi hermano" de

Mons. Zazpe, tuvo cierta repercusión. Su lenguaje quería ir más lejos:

" No puede confiarse indefinidamente en las reservas de un pueblo pacífico, porque ya ha comenzado a sentir la tentación masiva de la violencia (...) La Iglesia misma padece vivamente el momento argentino. Va adquiriendo, cada vez más, una conciencia clara de que la caridad del Evangelio la debe solidarizar con la justicia, el desarrollo y la promoción de las clases más necesitadas e indefensas" (61).

Por una parte el gobierno "acusa a los sacerdotes del Movimiento del Tercer Mundo de provocar la subversión" (62), pero el clero responde al gobierno que tenemos honda "preocupación por la aplicación arbitraria de las facultades que concede el estado de sitio al Poder Ejecutivo, en particular la frecuente detención de ciudadanos, concretamente la de sacerdotes de Rosario y Resistencia, en base a la presunción oficial de culpabilidad" (63).

Una zona de conflicto fué siempre la del nordeste, en especial la diócesis de Sáez Peña, con su obispo Mons. Di Stefano. Los obispos expresaron a fines de 1969 que se disponían a la aplicación de Medellín y de las conclusiones de San Miguel, aunque para ello sea "necesario sacrificar comodidad y dinero, arriesgar seguridad y fama, enemistarse con quien sea o perder posibilidades de provecho, el católico tendrá que hacerlo" (64). En el Chaco el enfrentamiento es abierto. El obispo dice que "un desarrollismo materialista no contempla al hombre chaqueño" (65). El mismo presbiterio de Sáez Peña llega a decir que "por eso rensamos que a la manera de Moisés con el pueblo israelita en el cautiverio, debemos decirle a nuestra gente que dejen las situaciones de esclavitud y busquen decididamente la nueva tierra" (66). Las Ligas Agrarias se movilizan, y el obispo y sus sacerdotes, firmes en su posición, se declaran contra "los propietarios y explotadores de los bosques del Chaco, donde se reclama mejor trato para los trabajadores" (67).

Cabe destacarse que, desde la crítica que el episcopado levantó contra los sacerdotes del Movimiento para el Tercer Mundo, el 12 de agosto de 1970, éste se transformó en el grupo más crítico contra el gobierno militar, pero, al mismo tiempo, al ser desautorizado por la Jerarquía se lo entregaba al enemigo. Por ello el Padre Carbone pudo ser arrestado, y el 11 de septiembre eran ruestos en prisión los Padres Carlos Múgica -del que hablaremos más adelante- y Hernán Benítez, por haber

Pronunciado sermones en el serelio de Carlos Ramos y Fernando Abal Medina -antiguos dirigentes de Acción Católica y miembros del incipiente movimiento de los Montoneros que secuestraron a Aramburu- (68). Cuando la Iglesia desautoriza a sus hijos, los deja sin protección ante el poder represor militar -quizá por ello Mons. Tortolo dió a conocer a la opinión pública de inmediato la crítica al Movimiento- (69).

La presión popular crecía y los militares no podían ya frenar la movilización. El mismo Perón, desde España, dirige una carta a los sacerdotes del Movimiento:

" (...) En tan afañosos empeños tuvimos en contra el episcopado argentino, que ahora, un cuarto de siglo después, parece que quiere rectificarse. En la pretendida apostasía de las masas -dice el ex-presidente- la Iglesia tiene también su parte de culpa, porque por intermedio de su jerarquía eclesiástica, olvidó a menudo el pueblo para seguir a las oligarquías y a los poderosos, que no fueron precisamente los preferidos de Cristo (...) De estos simples hechos fluye la admiración y el cariño a los S.T.M., a los que deseo llegar con mi palabra de aliento y encomio, porque ellos representan la Iglesia con que siempre he soñado" (70).

En agosto de 1972 el Movimiento realiza su V Encuentro en Córdoba (71). Mons. Brasca y Mons. Devoto los apoyan. Poco a poco se van dibujando las dos posiciones que dividirán posteriormente el Movimiento: la línea más populista, peronista; la línea más revolucionaria.

Cuando fué secuestrado el empresario de la Fiat, Sallustro, operación efectuada por el ERP (troskysta), el repudio fué unánime: por vez primera el Papa condenó el hecho, lo mismo que el episcopado (72), y los sacerdotes del Movimiento (pero por otros motivos).

Por aquel tiempo, el cardenal francés Danielou dictó en mayo de 1972 unas conferencias sobre "El compromiso del sacerdote en política y la violencia", en las que prácticamente censuraba la acción de los sacerdotes del Movimiento para el Tercer Mundo, a partir de una universal condena de la violencia y de la acción sacerdotal en política. Lo más humorístico es que el Cardenal en uno de sus sermones en la catedral, justificó el uso de la violencia en la "resistencia" francesa contra la invasión nazi alemana. Por ello sacerdotes franceses en Argentina escribieron una carta en la que mostraban al cardenal como había sido usado por la oligarquía argentina y el gobierno militar. Mi profesor en el Instituto Católico de París no había cumplido la primer regla de la hermenéutica

en la que tanto nos insistía en sus clases: "Es necesario saber situarse correctamente en el mundo en el que un acontecimiento se realiza". Danielou olvidó de situarse correctamente en un mundo que ignoraba completamente. ¡Un europeo más que equivoca la interpretación por desubicación! (73).

Dos días antes de la llegada de Perón, en noviembre de 1972, el episcopado hace conocer una declaración donde nada se dice del terrorismo de derecha o parapolicial, pero apoya la propiedad privada, prohíbe la actuación política del sacerdote y marca prevenciones contra el socialismo (74).

La matanza de Trelew por parte de la marina el 22 de agosto, y el asesinato posterior del abogado defensor Silvio Frondizi (hermano del expresidente), mostrarán claramente que los servicios de inteligencia y las bandas de asesinos y secuestradores serán siempre los mismos desde Onganía, Levingston, Lanusse, López Rega y Videla (75).

En enero de 1973, y ante la aproximación de las elecciones nacionales, el obispo de Goya, Mons. Devoto, en su carta "Reflexiones sobre la situación del país en vísperas de las elecciones" declara:

"Otros acontecimientos graves se han agregado: la masacre de Trelew que se intenta cubrir con el silencio cómplice" (76).

Es importante recordar que en unas declaraciones en Bogotá, el entonces presidente del CELAM y obispo de Mar del Plata, dijo sobre los sacerdotes del Movimiento para el Tercer Mundo:

"Es sin duda un movimiento religioso, con una admirable disposición de dar y de entera. Es también una lección de compromiso y, en muchos casos, de heroísmo. Por su inserción real en el contexto social no deja de ser una experiencia altamente positiva. Yo no tengo ningún problema con ellos. Soy amigo de muchos de ellos, no tengo en mi diócesis ninguna posición restrictiva a su trabajo, ni creo que deban censurarse a nivel nacional" (77).

Por la movilización y presión popular el gobierno militar llamó a elecciones y triunfó el candidato popular: Hector Cámpora el 11 de marzo. Cuando tomó el poder el 25 de mayo, en su discurso inaugural, sostuvo:

"Las relaciones con la Iglesia se mantendrán en el marco que la señala por una parte, el hecho de que la inmensa mayoría del pueblo argentino pertenece a la confesión católica y por la otra, las disposiciones constitucionales (...) Nuestro programa de reconstrucción nacional, basado en la doctrina justicialista, por esencia humanista y cristiana, es congruente con los lineamientos sustanciales de la doctrina social de la Iglesia" (78).

Como una fuerte proporción del gobierno nacional y provinciales estaba en mano de la Juventud Peronista de izquierda, los Montoneros, muy pronto comenzó la lucha interna. Dentro de la ambigüedad "populista" en la que cayeron los cristianos que se comprometieron en este histórico movimiento, el proceso cambió radicalmente de orientación después de la llegada de Perón bajo la instrumentación de López Rega. La matanza de centenares de jóvenes del 20 de junio de 1973 marcaría el fin de esta etapa y el comienzo de la que desembocaría en el golpe militar de marzo de 1976.

De esta etapa se puede decir que la Iglesia argentina, en su episcopado, aunque tuvo una modernización y renovación en el momento del Concilio, a excepción de los obispos que por su praxis han demostrado lo contrario, mantiene una tradición profundamente conservadora. Por el contrario, muchos miembros del laicado -no debe olvidarse que los fundadores del Movimiento de los Montoneros, algunos de ellos y su líder máximo, pertenecieron a la Acción Católica universitaria- y en especial del clero y religiosas pertenecen ya a "las corrientes de orientación socio-política, revolucionaria y popular" (79).

La matanza de Ezeiza, el 20 de junio de 1973 muestra ya el rostro de una realidad que durará hasta 1978. "La nueva derecha, en la cual la diferencia entre peronistas y no peronistas se atenúa y va siendo reemplazada por un embrión de nueva coalición en el poder, se afirma, logra el control del gobierno y del Estado, y lo consolida aún más después de la muerte de Perón el 1 de julio de 1974" (80). En efecto, desde la renuncia de Cámpora el 13 de julio de 1973, hasta las elecciones nacionales del 23 de septiembre que llevan a Juan Domingo Perón a la presidencia por tercera vez, poder que asume el 12 de octubre, hasta su muerte, se ha ido cumpliendo un proceso de represión creciente a los grupos populares. Cuando asciende al poder Isabel Martínez de Perón, el 19 de julio, en realidad el control queda en manos de López Rega, vinculado a la CIA y jefe indiscutido de las AAA (tristemente célebre "Escuadrón de la Muerte" argentino), proceso que simplemente se agotará en el golpe de marzo de 1976 para permitir a Jorge Videla (81) tomar el gobierno por la fuerza.

Poco antes de su muerte Perón se dirigió a los Sacerdotes para el Tercer Mundo expresándoles:

" Hoy hay mucha gente que se asombra de la idea de un sacerdote socialista. Pero yo digo: ¿por qué no? Para cambiar el sistema actual es necesario situarse en el interior de la evolución hacia el socialismo" (82).

en la que tanto nos insistía en sus clases: "Es necesario saber situarse correctamente en el mundo en el que un acontecimiento se realiza". Danielou olvidó de situarse correctamente en un mundo que ignoraba completamente. ¡Un europeo más que equivoca la interpretación por desubicación! (73).

Dos días antes de la llegada de Perón, en noviembre de 1972, el episcopado hace conocer una declaración donde nada se dice del terrorismo de derecha o parapolicial, pero apoya la propiedad privada, prohíbe la actuación política del sacerdote y marca prevenciones contra el socialismo (74).

La matanza de Trelew por parte de la marina el 22 de agosto, y el asesinato posterior del abogado defensor Silvio Frondizi (hermano del expresidente), mostrarán claramente que los servicios de inteligencia y las bandas de asesinos y secuestradores serán siempre los mismos desde Onganía, Levingston, Lanusse, López Rega y Videla (75).

En enero de 1973, y ante la aproximación de las elecciones nacionales, el obispo de Goya, Mons. Devoto, en su carta "Reflexiones sobre la situación del país en vísperas de las elecciones" declara:

"Otros acontecimientos graves se han agregado: la masacre de Trelew que se intenta cubrir con el silencio cómplice" (76).

Es importante recordar que en unas declaraciones en Bogotá, el entonces presidente del CELAM y obispo de Mar del Plata, dijo sobre los sacerdotes del Movimiento para el Tercer Mundo:

"Es sin duda un movimiento religioso, con una admirable disposición de dar y de entrega. Es también una lección de compromiso y, en muchos casos, de heroísmo. Por su inserción real en el contexto social no deja de ser una experiencia altamente positiva. Yo no tengo ningún problema con ellos. Soy amigo de muchos de ellos, no tengo en mi diócesis ninguna posición restrictiva a su trabajo, ni creo que deban censurarse a nivel nacional" (77).

Por la movilización y presión popular el gobierno militar llamó a elecciones y triunfó el candidato popular: Hector Cámpora el 11 de marzo. Cuando tomó el poder el 25 de mayo, en su discurso inaugural, sostuvo:

"Las relaciones con la Iglesia se mantendrán en el marco que la señala por una parte, el hecho de que la inmensa mayoría del pueblo argentino pertenece a la confesión católica y por la otra, las disposiciones constitucionales (...) Nuestro programa de reconstrucción nacional, basado en la doctrina justicialista, por esencia humanista y cristiana, es congruente con los lineamientos sustanciales de la doctrina social de la Iglesia" (78).

Como una fuerte proporción del gobierno nacional y provinciales estaba en mano de la Juventud Peronista de izquierda, los Montoneros, muy pronto comenzó la lucha interna. Dentro de la ambigüedad "populista" en la que cayeron los cristianos que se comprometieron en este histórico movimiento, el proceso cambió radicalmente de orientación después de la llegada de Perón bajo la instrumentación de López Rega. La matanza de centenares de jóvenes del 20 de junio de 1973 marcaría el fin de esta etapa y el comienzo de la que desembocaría en el golpe militar de marzo de 1976. De esta etapa se puede decir que la Iglesia argentina, en su episcopado, aunque tuvo una modernización y renovación en el momento del Concilio, a excepción de los obispos que por su praxis han demostrado lo contrario, mantiene una tradición profundamente conservadora. Por el contrario, muchos miembros del laicado -no debe olvidarse que los fundadores del Movimiento de los Montoneros, algunos de ellos y su líder máximo, pertenecieron a la Acción Católica universitaria- y en especial del clero y religiosas pertenecen ya a "las corrientes de orientación socio-política, revolucionaria y popular" (79).

La matanza de Ezeiza, el 20 de junio de 1973 muestra ya el rostro de una realidad que durará hasta 1978. "La nueva derecha, en la cual la diferencia entre peronistas y no peronistas se atenúa y va siendo reemplazada por un embrión de nueva coalición en el poder, se afirma, logra el control del gobierno y del Estado, y lo consolida aún más después de la muerte de Perón el 1 de julio de 1974" (80). En efecto, desde la renuncia de Cámpora el 13 de julio de 1973, hasta las elecciones nacionales del 23 de septiembre que llevan a Juan Domingo Perón a la presidencia por tercera vez, poder que asume el 12 de octubre, hasta su muerte, se ha ido cumpliendo un proceso de represión creciente a los grupos populares. Cuando asciende al poder Isabel Martínez de Perón, el 19 de julio, en realidad el control queda en manos de López Rega, vinculado a la CIA y jefe indiscutido de las AAA (trístemente célebre "Escuadrón de la Muerte" argentino), proceso que simplemente se agotará en el golpe de marzo de 1976 para permitir a Jorge Videla (81) tomar el gobierno por la fuerza.

Poco antes de su muerte Perón se dirigió a los Sacerdotes para el Tercer Mundo expresándoles:

" Hoy hay mucha gente que se asombra de la idea de un sacerdote socialista. Pero yo digo: ¿por qué no? Para cambiar el sistema actual es necesario situarse en el interior de la evolución hacia el socialismo" (82).

En el momento de su muerte los miembros del Movimiento declararon:

"Perón ha hecho real entre nosotros parte de la esencia del Evangelio, el anuncio y la realización del mensaje de liberación" (83).

El mismo nuncio apostólico Pío Laghi, declaró que la muerte del Teniente General Perón es una gran pérdida para el cristianismo y el continente americano" (84). El cardenal Primatèsta alabó su misión, y Mons. Pironio externó que "pocas veces el pueblo sentía tan hondamente una partida" (85).

La vuelta del peronismo significó una crisis para el Movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo. Su revista Enlace no apareció más. De hecho, desde agosto de 1973 el Movimiento tenía dos grupos principales: uno vinculado a la corriente de "pastoral popular" -de la región del Litoral y que rechazaban a los sacerdotes casados-, más en la línea peronista "ordodoxa", verticalista; que condenan toda violencia en su comunicado del 29 de abril de 1974 cuando expresan que "en la legalidad es absurda la violencia si el gobierno es popular" (86); aunque el 7 de octubre rechazan la violencia cuando procede del gobierno mismo. Otro grupo, del "interior" -de Córdoba, Mendoza (con la obra de Rolando Concatti, Nuestra opción por el peronismo, Mendoza, 1972) y Santa Fe principalmente-, que es más crítica y con una acentuación más socializante. La línea más populista se enfrenta así a la más revolucionaria. Esta escisión táctica indica un resquebrajamiento estratégico.

Entre otros muchos eran arrestados los Padres Joaquín Núñez y Juan Testa en Sáez Peña (Chaco), que apoyaban a las Ligas agrarias (87), acusados de subversión y de portar armas (las que previamente habían sido depositadas por la policía).

En Buenos Aires se había comenzado una pastoral popular en barrios marginales denominada la "Acción pastoral en las villas de emergencia" (88). El mismo Mons Juan Carlos Aramburu alentaba esta acción debido a "las necesidades actuales". El equipo pastoral de las Villas de Emergencia hizo una declaración mostrando que se trata de una cuestión estructural. La marginalidad no es, como piensa Roger Vekemans, "un exceso de población que no se relaciona con ningún sistema" (89). Por el contrario es un efecto de sistemas inadecuados de modernización del campo y de la imposibilidad estructural del momento industrial del modo de producción capitalista de absorber la mano de obra sobrante proveniente del desestructurado mundo rural. Los firmantes de aquella declaración eran, entre otros, los Padres Hector Bolán, Jorge Vernazza, Manuel Pérez Vila, Rodolfo Ricciardelli, Jorge Goñi, José M. Meisegeier y Carlos Múgica. Hablemos un poco de este último.

Carlos Múgica, hijo del Barrio Norte -zona de la oligarquía

terrateniente argentina-, nació en 1930 en Buenos Aires. Seminarista excelente no bien ordenado fué el secretario privado del Cardenal Caggiano. Sin embargo muy pronto se comenzó a ocupar por los marginales. En 1968 era uno de los "curas" que en clergymán manifestaron ante la Casa Rosada, ante Onganía, para defender a las Villas-Miserias. Miembro fundador del Movimiento de los sacerdotes para el Tercer Mundo, comprendió pronto la importancia del compromiso político. Fué uno de los que en un avión especial fué a España a buscar a Perón. Lo hemos visto ya preso en 1970 por celebrar una misa por dos guerrilleros montoneros asesinados. En abril de 1971 había declarado que "nadie me impedirá servir a Jesucristo y a su Iglesia, luchando junto a los pobres para su liberación, y si el Señor me acuerda el privilegio, que no merezco, de perder la vida en esta empresa, estoy a su disposición" (90). En 1970 decía que "del Evangelio no se puede sacar en conclusión que hoy, ante el desorden establecido, el cristiano debe usar la fuerza. Pero tampoco podemos sacar en conclusión, que no deba usársela" (91). Como perteneciente al grupo más "ortodoxo" de los sacerdotes para el Tercer Mundo, se fué cada vez oponiendo más al uso de la violencia, y por ello se fué enfrentando a la línea de Firmenich. En sus últimos días escribió una obrita que se editará después de su muerte: "Valores cristianos del peronismo" (CIAS, Buenos Aires, agosto de 1974) (92). La coyuntura de esta división interna entre peronistas comprometidos con el pueblo dió oportunidad para que los grupos parapoliciales de López Rega -que serán después las AAA y los del ejército- lo asesinaran. El día anterior de su muerte había rezado el responso sobre el cadáver de un "villero" que había muerto en una manifestación de los grupos marginales. Saliendo de decir su Misa en su parroquia marginal de San Francisco Solano de Buenos Aires, a las 19,40 horas, un grupo descendió de un auto y lo ametralló en presencia de su pueblo. Ya en el hospital antes de morir, dijo al Padre Vernazza, líder de los sacerdotes para el Tercer Mundo:

"Ahora más que nunca voy a estar junto al pueblo" (93). El 11 de mayo de 1974 cerraba sus ojos, "víctima del amor" llegaba a decir con justicia el mismo Osservatore Romano, "una vida pura y sin compromisos" (94). En efecto, habíase negado a ensuciar sus manos cuando se le ofrecieron altos cargos en el Ministerio de Bienestar Social que dirigía López Rega.

En una oración que él mismo había escrito se puede leer:

" Señor,
yo puedo hacer huelga de hambre
y ellos no:
porque nadie hace huelga con su hambre

... ..

Señor,
quiero quererlos por ellos,
y no por mí.

Ayúdame.

Señor,
sueño con morir por ellos:
ayúdame a vivir por ellos.

Señor,
quiero estar con ellos a la hora de la luz.
Ayúdame"

Carlos fué un santo. Su sangre lo ha santificado. Es el signo y el símbolo de todo el intento de liberación popular a fines de los 60 y comienzo de los 70. Su testimonio no será olvidado. El pueblo lo comprendió, y por ello "fueron miles los hombres, mujeres y niños que se ensuciaron con el agua y el barro de la villa en que fueron velados sus restos, y no pocos los chicos que lloraban desconsoladamente, apretando contra sí alguna estampa religiosa obsequiada alguna vez por el Padre Carlos. Ya ha entrado en la memoria imperecedera de la masa de villeros a quienes dedicó su vida joven y enérgica. Para muchos ya es un santo, aunque no lo hayan canonizado (95). El había dicho que era necesario estar atentos a los acontecimientos, "con una oreja puesta en el Evangelio que nos traza un programa duro, exigente, heroico, y con la otra puesta en el pueblo, en los grasas y descamisados" (96). La corrupción, la violencia y debilidad de Isabel Perón, quién al fin debió abandonar a López Rega por presión popular, aumenta la acción terrorista de las tres A. Desde enero de 1975 se habían asesinado en solo siete meses más de 450 personas, por grupos de derecha, y eran más de 2.000 los desaparecidos. El mismo Mons. Pironio, obispo de Mar del Plata, resalta "la inseguridad, el temor, la desesperación del pueblo". En Mar del Plata fué secuestrada la decana de la Facultad de Psicología de la universidad católica y poco tiempo después el mismo obispo fué intimidado. Su alejamiento del país no está sin relación a estos hechos (97). Pero volvamos a un hecho mayor. Ya hemos hablado en el capítulo anterior de La Rioja. En 1968 se había decidido que toda la acción pastoral deberá partir "desde los pobres". Hay sabotajes y agresiones a miembros de la Iglesia. En 1969 el vicario de la diócesis renuncia. En 1972 aumentan las provocaciones, ataques, sacerdotes presos. En 1973 se le impide a Mons. Enrique Angelelli celebrar en Anillaco la Misa, en la región de Yastro Barros y se le fuerza físicamente a dejar el lugar. El obispo excomulga a los autores de los hechos. Un comando de extrema derecha destruye el local de la Acción Católica rural. El 21 de septiembre de 1973 el obispo recurre a la Santa Sede y pide al cardenal Villot que se visite su diócesis para ob-

servar su acción pastoral. El 13 de octubre lo visita por Roma Mons. Zazpe, como "inspector o visitador aristotélico". El 11 de noviembre el obispo Angelelli lanza una pastoral "Para nosotros el camino a seguir es a partir del pueblo". Por último, el 23 de noviembre el Visitador declara que en La Rioja hay una ejemplar acción pastoral (98).

Mons. Angelelli siempre defendía a los campesinos contra los propietarios. Por ello, por ejemplo, el párroco de Famatina fué golpeado por "matones" de un terrateniente. El Padre Puchela relata que después que lo dejaron medio muerto le dijeron: "Andas hablando del asunto de las nueces (porque allí hay producción de nueces) y de prestar apoyo a los campesinos" (99).

Cuando el peronismo empieza la represión contra sus propios miembros comprometidos en la liberación popular, aparecen listas en todo el país de aquellos que serán ajusticiados por las AAA. Entre ellos están Silvio Frondizi, Mario Roberto Santucho, Miguel Gaggero, Roberto Quieto y Mons. Enrique Angelelli -todo esto el 29 de enero de 1974- (100). Monseñor no se asusta y continúa su diaria labor: protesta todavía contra "la violación de domicilios y detenciones" (101) y se oponía a la ley de represión nacional que significó la renuncia de los ocho diputados nacionales de la Juventud Peronista y el asesinato de su líder.

El 21 de julio de 1976 fueron asesinados dos colaboradores de Mons. Angelelli en la localidad de El Chamental. El mismo obispo se encaminó al lugar de los hechos para relevar datos. Cuando retornaba a su domicilio, el 4 de agosto de 1976, su auto falló en alguno de sus ejes y el obispo se precipitó y se mató. Los hechos son relatados así por el vicario episcopal Arturo Pinto, que acompañaba al obispo y que herido, logró salvarse:

" Un auto Peugeot que nos seguía de lejos desde el inicio del viaje, nos alcanzó y se cerró a la camioneta que manejaba Mons. Angelelli, quien se vió obligado a desviar su vehículo a un costado. Al frenar, el guayín se clava en seco, como si hubiera perdido una rueda, dá un salto y cae, rebota y vuelve a saltar. El obispo es expulsado a través del parabrisas, se desnuca contra el asfalto y muere en el acto. La noche anterior notaron movimientos raros detrás de la casa, en donde en un terreno baldío guardabamos la camioneta. Inmediatamente, un vehículo se aleja por una calle lateral. No se descarta el sabotaje en el tren delantero de la camioneta, ya que es muy fácil realizarlo (...) Una comisión de la policía fué a la curia diocesana con el objeto de allanar la habitación privada del obispo, después de su muerte" (102).

Un nuevo mártir del proceso de liberación argentino y latinoamericano. Tenía 52 años. Solo ocho días después 17 obispos eran arrestados en Riobamba (Ecuador). Un mes después de la muerte de los Padres Gabriel Lonville, francés de 44 años, y Carlos Diaz Murias, riojano de 30 años, y del asesinato del laico Wenceslao, el 21 de julio, y del propio obispo, escribía un cristiano: "La diócesis está de duelo, también el país y toda la Iglesia. El mundo nuevo ha perdido a uno de sus más entusiastas y evangélicos constructores" (103).

La Alianza Anticomunista Argentina (AAA) y el Movimiento de Agrupaciones Peronistas (MAP), lanzaron en esos meses una verdadera "cacería" humana. Muchos sacerdotes fueron asesinados, por no contar los laicos militantes y líderes populares. Es una de las páginas más sangrientas de toda la historia de la Iglesia en América latina.

Antes de continuar queríamos ligar al martirio de Mons. Angelelli, sobre el cual el episcopado argentino ha guardado un silencio total, la muerte también en un accidente de auto de Mons. Horacio Ponce de León, obispo de San Nicolás de los Arroyos. Era muy conocido por sus compromisos. Ya en 1972 lanzó una pastoral sobre "La ausencia de justicia hace difícil la paz" (104), que fué considerada como una fuerte crítica contra el gobierno militar. En la época peronista se lo veía frecuentemente visitar a sus sacerdotes y militantes laicos presos en Villa Devoto. Fué frecuentemente advertido de que no siguiera en esa línea. Anónimamente se le pretendía atemorizar diciéndole que sería asesinado. Sufrió un atentado contra su auto y se salvó por milagro. Pero, al fin, en 1977, tuvo un accidente mortal que no ha sido aclarado, pero sus allegados afirman que fué un atentado claramente planeado. Tenía 63 años. /Carlos/

El 21 de marzo de 1975 era asesinado el Padre Dorniak en Bahía Blanca. El 28 de abril es atacado con armas de fuego el local de Caritas en la misma diócesis, en Villa Nocito. Tres sacerdotes son amenazados de muerte y una religiosa debe abandonar el lugar (105). De esta época son las siguientes líneas de un laico asesinado el 26 de abril de 1975:

" Esta revolución, llamada así por el pueblo en general, es para los líderes cristianos que con ese pueblo estamos comprometidos en poner vino nuevo en odres nuevos, la Pascua. Una Pascua que a nivel social se vive como la que vivió el pueblo judío cuando Moisés los sacó de manos del Faraón... Somos torturados, encarcelados, perseguidos, difamados como Cristo; pero nada nos detiene, queremos llegar a la tierra prometida como el Pueblo judío; queremos como dice el Apóstol, comenzar el Reino de los cielos aquí en la tierra" -escribía el 13 de abril- (106).

Trece días después "a la altura del km. 720, de la ruta 22, fué hallado anteayer en las cercanías de la estación el cuerpo de un hombre que aparentaba entre 25 y 30 años. Junto al cadáver se encontraron doce cápsulas de calibre 9 mm., por lo que se supone fué abatido en el lugar" (107). El 18 de mayo Mons. Jorge Mayer de Bahía Blanca, declara que las amenazas a los sacerdotes y religiosas continúa. Continúan las críticas por parte de la extrema derecha contra el Instituto Juan XXIII, al que pertenecía el Padre Carlos Dorniak y se llega a decir que "los compañeros de las AAA son nuestros compañeros y el rueblo entero los sostiene" (108). Nos dicen algunas comunidades cristianas de base:

"En el Barrio, desde el año 1972, la casa parroquial ha sido allanada 7 veces y 12 veces las de cinco familias de la comunidad. En enero de 1976 fueron secuestrados y asesinados dos miembros, uno casado, padre de 6 niños, y otro padre de 2 niños... En abril de 1972 detuvieron a un seminarista que trabajaba en la Parroquia, lo torturaron durante tres días y después lo soltaron sin ningún cargo. Hoy es sacerdote. Desde esa fecha hasta febrero de 1975. La parroquia fué allanada once veces... El cura fué varias veces amenazado de muerte" (109).

"En la madrugada del 15 de febrero de 1976, en la capilla de Carupá, diócesis de San Isidro, fué acribillado, por un comando civil, junto con su hermano inválido, el Padre Francisco Soares, quién murió en el acto. El Pa. Soares trabajaba en un barrio obrero. El día de febrero de 1976, el Padre José Tedeschi fué secuestrado en Villa Itatí, por un grupo de civiles armados. Su cuerpo apareció después ametrallado con señales de tortura, incluso con ojos arrancados. Villa Itatí está compuesta en su inmensa mayoría por inmigrantes paraguayos muy pobres" (110).

El autor de estas líneas no es solo un objetivo historiador, sino un agente concreto involucrado en todos estos hechos. El 2 de octubre de 1973 fuí objeto de un atentado de bomba en mi domicilio. Algunos libros que ahora en México uso todavía tienen la marca de la explosión. Fuí acusado de "envenenar a las mentes de los jóvenes con extrañas doctrinas" (111). Un año y medio después, era excluido como profesor de la Universidad Nacional de Cuyo, el 31 de marzo de 1975 e incluido en las listas que corrían de mano en mano de la gente que sería eliminada por las AAA (112). Era el comienzo del exilio ...

El golpe militar del 24 de marzo del '76 no mejora las cosas, sino que todavía se acentúan.

El horror llegó a su culminación cuando pudimos leer en los

periódicos que "en un inmenso pozo de sangre, con las manos entrelazadas como si estuvieran rezando, boca al suelo, acribillados por la espalda y con las cabezas destrozadas por decenas de disparos, los cadáveres de cinco religiosos católicos (tres sacerdotes y dos seminaristas), fueron hallados esta mañana en la requeña estancia de la casa parroquial de la iglesia de San Parricio, en el elegante barrio de Belgrano" (113). Y más adelante se nos comunica que "en la iglesia de Pompeya, en el barrio sur Bonaerense, fueron hallados los cadáveres de tres monjas. Los cueros de las religiosas presentaban muchos impactos de balas de grueso calibre" (114). Lo cierto es que el domingo 27 de junio el Padre Alfonso Kelly, trató en su homilía de la pena de muerte como violatoria de los derechos humanos, y el seminarista Salvador Barbeito había recibido amenazas de muerte, porque no convenía el enfoque que se daba en los encuentros de catequesis del colegio. Fueron miembros del SIDE (Servicio de Inteligencia del Ejército) los que secuestraron a los sacerdotes. Esto lo confirmó un hijo de un alto oficial de las Fuerzas Armadas (115). Junto a Alfredo Kelly y Salvador Barbeito la memoria de la Iglesia deberá venerar como santos a Pedro Dudau, Alfredo Leaden y Emilio Barletti. Junto a los cadáveres se encontró un cartel que decía: "Muertos para vengar los camaradas policías dinamitados". Y en la alfombra, teñida con sangre, otro escrito con Tiza: "Muertos por corromper la mente virgen de los jóvenes" (116). Una moral extraña que se reúne y justifica lo macabro.

Los atentados siguen en número tal que no podemos describirlos aquí uno por uno. Lo cierto es que, bajo el gobierno que se declara cristiano, la "Argentina vive un clima de terror peor aún que Chile" (117). El 9 de enero es secuestrado un periodista cristiano de Noticias Argentinas: el 7 de abril es asesinado un director católico Hector Ferreiro. Esta es "la más sangrienta tiranía de la historia" se dice en el órgano de prensa (118). Es secuestrado Adolfo Pérez Esquivel, Director del secretariado de Justicia y Paz. El Padre Bustos desaparece en Buenos Aires. El 31 de diciembre de 1976 había sido secuestrado en su domicilio particular el pastor protestante mundialmente conocido, y profesor mío en la universidad y hermano en Cristo especialmente querido, profesor Mauricio López en Mendoza. Se hicieron todos los trámites y averiguaciones desde la presidencia de la República hasta el Departamento de Estado norteamericano. Se interesó personalmente hasta Carter y el Consejo Ecuménico de Iglesias. Mauricio nunca apareció (119). Era un cristiano insobornable, se había jugado por los pobres, ayudaba a extranjeros, chilenos en dificultad, apoyaba a los que debían huir del país perseguidos por el gobierno militar, había optado estratégicamente por un socialismo latinoamericano, era un

ecumenista convencido, abierto. Era un hombre de oración, célibe, evangélico... otro de nuestros santos contemporáneos.

Mientras tanto el episcopado no había hecho sino lejanas aclaraciones sobre los hechos. Solo Mons. Zazpe levantó la voz de inmediato. El domingo 4 de julio expuso en la homilía el tema "Meditación para una Nueva Argentina", en donde llegaba a decir:

"Durante siglos, y en la Argentina desde su nacimiento como nación, el Evangelio ha servido muchas veces de arsenal para encontrar armas necesarias que justificaran las propias actitudes y conderaran al adversario del momento. Secuirá siendo una amenaza y un riesgo la instrumentalización del Evangelio para avalar las posiciones partidarias del oficialismo" (120).

El episcopado, de quién el autor dice que es uno "de los más conservadores del mundo" (121), y donde los obispos de avanzada se encuentran aislados, había surrimido el COEPAP (Consejo Episcopal de Pastoral Popular), donde estaban Lucio Gera, y los Padres Tello y Silly, ya en 1973, recibe con cierto beneplácito a Perón y se establecen ciertas relaciones con la derecha peronista. De todas maneras no podrá superar el "tercerismo", quizá en parte justificable por la tremenda represión, pero en parte por no poseer una estrategia propia en el campo político, como por ejemplo el episcopado chileno. La declaración del 3 de noviembre de 1974 para el IV sínodo, se decía que "hoy que se habla del carácter comunitario de la sociedad, se viene a caer o en el liberalismo individualista o en el colectivismo marxista" (122). Igualmente se expresa que "cuanto más se acerca el hombre a Dios siguiendo su mensaje evangélico, tanto más descubre a Dios en la creación, tanto más le sirve y se une a Él. En esto consiste la absoluta y auténtica liberación" (123). El lenguaje abstracto quiere al mismo tiempo negar la significación de "otra" liberación relativa y no auténtica.

Antes del golpe de Estado, Mons. Primatesta, cardenal de Córdoba llamó la atención del hecho que "en un país dividido y en conflicto es triste el testimonio de división de los cristianos". "Hoy corre mucha sangre -indicó- y no olvidemos que también ha corrido entre nosotros en nombre de Dios. Es ahora el momento de la reconciliación" (124).

La renuncia de Mons. Caggiano, a los 86 años, hecha pública el 21 de abril, alivia un poco las tensiones. Mons. Aramburu toma el lugar con 63 años (125). De todas maneras no pocos obispos comienzan a lanzar críticas al peronismo, diciendo implícitamente con ello un nuevo gobierno. Mons. Guillermo Bolatti, lanza una denuncia contra "la inconsciencia

de los gobernantes y la podredumbre moral" existente (126). Mons. Victorio Bonamin, provicario de las Fuerzas Armadas, llega a declarar que "es por el Ejército que Dios redime hoy a la nación" (127). El texto causó sensación y críticas, porque era un verdadero llamado al golpe de Estado. Mons. Tortolo declaró: "He leído el sermón de Mons. Bonamin y no he visto nada de lo que dicen los diarios". Poco después Mons. Eduardo Pironio es promovido (algunos dijeron "alejado") de obispo de Mar del Plata y presidente del CELAM a prefecto de la Congregación de Religiosos en Roma. Mons. Devoto, de Goya, como siempre saldrá en defensa de sus campesinos, al afirmar que "la fuerza de anarato rennesivo se vuelve contra los sectores pobres y por eso mismo, los más indefensos" (128).

No bien producido el golpe el 24 de marzo de 1976 el episcopado nombra al Cardenal Primatesta como su presidente, en lugar del obispo de Paraná, Mons. Tortolo. En general, y como en otros países latinoamericanos en situaciones análogas, "los obispos justifican el golpe de Estado en aras del bien común", pero en sus advertencias se muestran muy cautelosos y denuncian "detenciones indiscriminadas, incomprensiblemente largas, sin informes, sin auxilios religiosos, ni ninguna garantía" (129), se decía el 15 de mayo del 76.

Se comenta, roco a roco, que "la Iglesia católica se erigió en estos cuatro últimos meses de gobierno militar en firme defensora de los derechos humanos... Un diario bonaerense dijo que se había convertido en la voz de los sin voz" (130). Lo cierto es que el 24 de julio hay un nuevo comunicado en especial para pronunciarse sobre "las detenciones indiscriminadas".

Cuando Mons. Zazpe regresó de Riobamba donde había sido detenido con otros obispos, la Conferencia Episcopal Argentina declaró que "manifiesta su común preocupación por lo sucedido y expresa su fraternal solidaridad con el obispo argentino participante, Su Excelencia, Mons. Vicente Zazpe, arzobispo de Santa Fe" (131).

Para escándalo del pueblo cristiano que sufría una verdadera persecución a lo Diocleciano, el episcopado entra en la disputa de la "Biblia latinoamericana". Mons. Ildefonso Sanja Sierra, de San Juan y conocido por actitudes profundamente conservadoras, declaró que "ese libro está plagado de principios marxistas y subversivos" (132). La dictadura militar apoyó al obispo, "la sanción ordenada por el régimen castrense se basó en que ambas casas editoras (Ediciones Paulinas y Editorial Claretiana) difundían obras que buscan la disgregación social". Mientras que Mons. de Nevares, de Neuquén expresa que "les quiero señalar que recomiendo la lectura de esa Biblia" (133).

A fines de 1976 se habla de 17.000 presos políticos y 650

asesinatos desde el go'bre de Estado. La lista de sacerdotes torturados, desaharecidos o asesinados aumenta (134).

El gobierno no quiere que se funde en Argentina algo así como la Vicaría de solidaridad chilena, y por ello invade por todos los medios que se defiendan los derechos humanos. Por ello la sede legal de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, que estaban en la "Casa de Nazaret", fué objeto de un atentado de bomba de sumo poder el 25 de agosto de 1976 (135). Poco desrués "fuerzas combinadas de seguridad - ejército, marina y policía federal- con armas largas y el apoyo de automóviles blindados, en espectacular operación en una iglesia y un colegio católico detuvieron a varias personas" (136) en Buenos Aires el 28 de noviembre. A su llegada a Londres, el Padre Patrick Rice, expulsado, expresa que los miembros de las AAA lo entregaron a la policía y fué salvajemente torturado. No había pensado confesar ésto, "pero lo hago por los otros torturados y especialmente por una muchacha que rugía de dolor" (137).

Sin embargo, poco a poco, la Iglesia ha ido diciendo su palabra. El mismo secretario de la nunciatura apostólica Mons. Mullen, adoptó una posición valiente en el aniversario del múltiple asesinato de San Patricio (138). Por ello hasta grupos tales como los Montoneros expresan a los obispos que "ustedes son los únicos en poder decir algo, pero no lo han hecho suficientemente", hoy se enjuicia de "ateo, subversivo o comunista" aunque se ocure de los nombres" (139). Los obispos de Nevares Carlos Ponce de León (que será asesinado) y Jorge Novak, el obispo metodista Carlos Cationi piden se entregue la lista de los detenidos, que son muchos miles, sin embargo nunca fueron entregadas (140).

Solo el 7 de mayo de 1977 el episcopado denuncia la falta de respeto a los Derechos Humanos y critica la doctrina de la Seguridad Nacional: "Ninguna teoría acerca de la seguridad colectiva, a pesar de la importancia de ésta, puede hacer naufragar los derechos de la persona (...) Así han llegado a admitir la licitud del asesinato del enemigo, la tortura moral o física, la privación ilegítima de la libertad" (141).

El 13 de diciembre de 1977 se secuestran y desrués asesinan tras haberlas torturado brutalmente -por confesión de un joven que pudo hablar con ellas desrués de ser torturadas en un regimiento del ejército-, dos religiosas francesas" (142), que manifestaban en la Plaza de Mayo junto a madres y viudas de desaharecidos. A lo cual el obispo Plaza, de La Plata, enojándose por la justa reacción del Cardenal de París, Mons. Marty, declaró:

" Les aseguro que ningún ciudadano francés que ha sufrido es inocente -refiriéndose a las dos religiosas-, cuando se hace pasar como víctimas de lo que

nasa en Argentina. El Cardenal Marty está mal informado" (143).

El texto no debe ser comentado y nos indica el grado de conciencia de miembros del episcopado argentino.

Mientras todo esto acontece el Chase Manhattan Bank de Nueva York señalaba que "la coyuntura ha mejorado ostensiblemente el ambiente para las inversiones extranjeras en América latina. Especialmente (...) en Argentina (...). En Argentina las condiciones son más favorables, porque, se ha modificado la legislación con respecto a las inversiones extranjeras, hay otra actitud por parte del gobierno y han disminuido notablemente las demandas sindicales (sic). Además, los salarios reales son mucho más bajos" (144). Hemos ya visto que las protestas para un mejoramiento del nivel de vida es ahogado con sangre. Pero esas protestas nonulares son interpretadas siempre como subversión. Por ello, "el Ejercito exhortó hoy a los países a unirse contra los verdaderos enemigos de los derechos humanos, los terroristas, y emprender una acción conjunta contra ellos" (145). De todas maneras no se puede acallar el genocidio de un pueblo y "una lista con los nombres de más de 10.000 personas víctimas de la represión en Argentina, fué dada a la publicidad el viernes aquí por el Centro de Información de Argentina", se indicaba en Nueva York el 21 de marzo de 1978 (146).

NOTAS

- (1) Cfr. Marcos Kartan, "50 años de historia argentina (1925-1975)", en América Latina; Historia de medio siglo, cit., n. 60-73; Norberto Haegger, los católicos posconciliares en la Argentina, Galerna, Buenos Aires, 1970; el trabajo de L. Gera-Rodríguez Melgarejo, "Aportes para una interpretación de la Iglesia argentina", en Visnora 15 (1970), n. 57-88; cfr. Visnora 4, n. 52 ss.; 7, n. 51 ss.; 19, n. 58 ss.; 24, n. 71 ss. y 106-126; 26, n. 39 ss y Boletín 1 MIEC, sobre "Al Peronismo 1972-1973"; etc.
- (2) Cfr. Criterio 1597 (1970), n. 379.
- (3) Cfr. Mensaje 213 (1972), n. 569.
- (4) Cfr. Criterio 1547 (1968), n. 307-309.
- (5) "La realidad social de América Latina y las conclusiones de Medellín", en Criterio 1559 (1968), n. 834-836.
- (6) Haegger, op. cit., n. 185.
- (7) Ibid., n. 183.
- (8) Criterio 1563 (1969), n. 35.
- (9) Criterio 1570 (1979), n. 255.
- (10) Declaración del episcopado argentino, Ed. Paulinas, Buenos Aires 1969.

- (11) Criterio 1572 (1969), p. 333.
- (12) Declaración del episcopado argentino, pp. 8-9.
- (13) Ibid., pp. 11-21.
- (14) Ibid., pp. 24-25.
- (15) Ibid., pp. 27-28.
- (16) N° 1446 (1969), p. 22. Cfr. Mensaje 189 (1970, p. 259).
- (17) Criterio 1554 (1968), p. 613.
- (18) Criterio 1569 (1969), p. 216.
- (19) Cfr., "Le mouvement des prêtres por le Tiers-Monde en Argentine", en IDOC-International, n. 33, 1 de noviembre 1970, pp. 35-75; Sacerdotes para el Tercer Mundo, supra. La carta elevada que llegó a tener 1.000 firmas de sacerdotes latinoamericanos procede de este grupo (IL ¿PP?, pp. 74-78).
- (20) Carta de 1.000 sacerdotes latinoamericanos a la Asamblea del CELAM, supra, p. 76.
- (21) "Mensaje de 18 obispos del Tercer Mundo", n. 5 (ed. cit., p. 27).
- (22) Véase Sacerdotes para el Tercer Mundo, MSTM, Buenos Aires, 1970, las declaraciones de sacerdotes de Reconquista, Corrientes, Capital, Tucumán, San Juan, Nordeste, Santa Fe, 9 de Julio, Rosario, Mendoza, La Rioja, Neuquén, etc.; sobre cuestiones internas, huelgas, situación política, ante el secuestro del general Aramburu y la detención del Padre Carbone, etc.
- (23) Polémica en la Iglesia, supra, pp. 41-123, documento firmado en Córdoba el 3 de octubre de 1970. Véase el comentario de Manuel Ossa en Mensaje, n. 193 (1970), pp. 494-5.
- (24) Ibid., p. 96.
- (25) Ibid., p. 99.
- (26) Habegger, "Al desafío de los argentinos", en Mensaje (1969), pp. 496-497.
- (27) Habegger, Los católicos posconciliares, pp. 394-396.
- (28) Criterio 1573 (1969), p. 379.
- (29) Ibid., p. 381.
- (30) Marcha 1451 (1969), p. 4.
- (31) Criterio 1572 (1969), pp. 338-340.
- (32) Criterio 1584 (1969), p. 15.
- (33) ICI 358 (1970), p. 20.
- (34) ICI 400 (1972), p. 23.
- (35) ICI 417 (1972), p. 26.
- (36) Signos de liberación, pp. 280-282.
- (37) ICI 422 (1972), p. 39.
- (38) NADOC 229 (1971), pp. 7-10.
- (39) ICI 359 (1970), p. 16.
- (40) Cfr., Criterio, noviembre (1969), pp. 890-894, dado en Neuquén el 11 de noviembre. Véase "Sacerdotes de Neu-

- quén", en Sacerdotes para el Tercer Mundo, pp. 108-112.
- (41) Criterio 1593 (1970), p. 222, sobre la conferencia de prensa del 13 de mayo de 1970.
 - (42) Cfr., Criterio 1629 (1971), pp. 641-642; NADOC 209 (1971); ICI 391 (1971), p. 28; 395 (1971), p. 24.
 - (43) Criterio cit., p. 642. Véase la posición de Monseñor Querracino en Marcha 1490 (1970), p. 4.
 - (44) ICI 358 (1970), p. 20.
 - (45) Marcha 1490 (1970), p. 4.
 - (46) Mensaje 193 (1970), p. 494, el 12 de agosto de 1970.
 - (47) Mensaje 189 (1970), p. 259.
 - (48) Mensaje 186 (1970), p. 76.
 - (49) Criterio 1600 (1970), 514.
 - (50) ICI 376 (1971), p. 14.
 - (51) Criterio 1616 (1971), p. 172.
 - (52) Criterio 1618 (1971), p. 219.
 - (53) Mensaje 213 (1972), 569.
 - (54) ICI 403 (1972), p. 24.
 - (55) Praxis del martirio, CEPLA, Bogotá, 1977, p. 72. Gerardo tenía 26 años y fué asesinado en 1973.
 - (56) ICI 406 (1972), p. 26; Cfr., ICI 401 (1972), p. 24.
 - (57) Criterio 1602 (1970), p. 584.
 - (58) Criterio 1604 (1970), pp. 660-662.
 - (59) Noticias Aliadas 70 (1970), p. 7.
 - (60) ICI 391 (1971), p. 28.
 - (61) Criterio 1611 (1971), pp. 29-30.
 - (62) Noticias Aliadas 92 (1971), p. 7.
 - (63) Declaración de sacerdotes y obispos de Morón, en Criterio (1971), p. 651.
 - (64) Firman estas conclusiones el 11 de septiembre de 1969 los obispos Devoto, Kemerer, Iriarte, Di Stefano, Vincentin, Scozzina y Marozzi.
 - (65) Criterio 1611 (1971), p. 43.
 - (66) Criterio 1616 (1971), p. 44.
 - (67) ICI 413/414 (1972), p. 24, Cfr. NADOC 209 (1971), pp. 2-11.
 - (68) Mensaje 193 (1970), pp. 494-495.
 - (69) Antes de que hubieran sido informados los sacerdotes la condenación salió en los diarios (NADOC 164 (1970), pp. 1-6).
 - (70) NADOC 229 (1971), pp. 6-7. Cfr., H. Borrat, Marcha 1555 (1971), p. 23.
 - (71) ICI 416 (1972), p. 29; Noticias Aliadas 51 (1972)
 - (72) Noticias Aliadas 27 (1972), p. 5.
 - (73) Cfr., ICI 412 (1972), p. 27.
 - (74) ICI 421 (1972), p. 38.
 - (75) ICI 417 (1972), p. 26.
 - (76) ICI 426 (1973), p. 30.
 - (77) Marcha 1634 (1973), p. 21.
 - (78) Boletín del MIEC-JECI (1973), p. 61.

- (79) Gera-Rodríguez Melgarejo, "Apuntes para una interpretación de la Iglesia argentina", pp. 86 ss.
- (80) América Latina: Historia de medio siglo, p. 68.
- (81) Cfr., Mensaje 227 (1974, pp. 114-117; 231 (1974), pp. 338-339; ICI 474 (1975), pp. 9-17; etc.
- (82) ICI 447 (1974), p. 28.
- (83) ICI 461 (1974), p. 30.
- (84) Mensaje 231 (1974), p. 338.
- (85) Ibid., p. 339.
- (86) ICI 474 (1975), p. 11. Cfr., Noticias Aliadas, 9, febrero 28 (1974), p. 8.
- (87) ICI 455 (1974), p. 28; 474 (1974), p. 17.
- (88) Cfr. Criterio 1583 (1969), pp. 781-782.
- (89) Teología de la liberación..., ed. cit., p. 47.
- (90) ICI 474 (1975), p. 17.
- (91) Noticias Aliadas 12 (1970), p. 11.
- (92) ICI 474 (1975), p. 11.
- (93) Hector Borrat, "Lección y muerte de Carlos Múgica", en Marcha 1672 (1974), p. 23. Véase Gregorio Gelser, "Una muerte sin adjudicatario", en Ibid., p. 22. Cfr. Noticias Aliadas 18 (1975), p. 8.
- (94) ICI 457 (1974), p. 26.
- (95) Artículo de Gelser, cit. arriba.
- (96) Artículo de H. Borrat, cit. arriba.
- (97) ICI 489 (1975), p. 27; Cfr., ICI 483 (1975), p. 27.
- (98) ICI 474 (1975), p. 22; Cfr. ICI 447 (1974), p. 28.
- (99) Noticias Aliadas 23 (1972), p. 4.
- (100) ICI 451 (1974), p. 31. Tres de ellos fueron asesinados efectivamente. Al cuarto horriblemente torturado.
- (101) ICI 483 (1975), p. 27.
- (102) Excelsior, 9 de octubre (1976), p. 13 A; cfr. ICI 512 (1977), pp. 11-13.
- (103) Praxis de martirio, p. 59.
- (104) ICI 407 (1972), p. 24.
- (105) ICI 483 (1975), p. 27. Praxis del martirio, p. 64.
- (106) Praxis del martirio, pp. 40-41.
- (107) Ibid., p. 42.
- (108) ICI 483 (1975), p. 27.
- (109) Praxis del martirio, p. 43.
- (110) Praxis del martirio, pp. 82-83.
- (111) ICI 443 (1973), p. 25; ICI 444 (1973), p. 28. Véase mi obra Introducción a una filosofía de la liberación. Extemporáneos, México 1977, pp. 139 ss., conferencia que dicté horas después del atentado. Cfr. ICI 480 (1975), p. 30.
- (112) ICI 482 (1975), p. 24. En esta época Monseñor Tortolo apoyó ante Monseñor López Trujillo mi exclusión del IPLA. Todo se unía y cobraba un particular sentido.

- (113) Excelsior, 5 de julio (1973), p. 2 A.
- (114) Ibid.
- (115) Praxis del martirio, p. 59.
- (116) Excelsior, cit.
- (117) ICI 515 (1977), pp. 14-16.
- (118) Ibid.
- (119) Excelsior, 3 de enero (1977), p. 23 A.
- (120) La Opinión, 6 de julio (1976), p. 6.
- (121) ICI 474 (1975) p. 13.
- (122) "Objeto de la evangelización", en Boletín Documental Medellín 1, (1975), pp. 116-117.
- (123) Ibid.
- (124) Noticias Aliadas 15 (1975), p. 4.
- (125) Noticias Aliadas 19 (1975), p. 6; ICI 480 (1975), p. 26.
- (126) Noticias Aliadas 40 (1975), p. 9.
- (127) Noticias Aliadas 3 (1976), p. 7.
- (128) Ibid., 18 (1976), p. 4.
- (129) Excelsior, 16 de mayo (1976), p. 3 A; Noticias Aliadas 23 (1976), p. 7.
- (130) Excelsior, 25 de julio (1976), p. 3 A.
- (131) R. Roncagliolo-F. Reyes M., Iglesia, prensa y militares, ILET, México 1978, p. 172.
- (132) Excelsior, 14 de octubre (1976), p. 3 A.
- (133) Ibid.
- (134) En Excelsior, 7 de noviembre (1976), p. 19 A, se colocan las siguientes listas: "Sacerdotes presos o desaparecidos: Orlando Yorio, mayo de 1976; Francisco Jalics, mayo del 76; Testa, 74; Núñez, 74; Nelio Rouger, mayo de 75; Francisco Gutierrez, octubre de 75; Rafael Lacuzzi, marzo de 76; Raúl Troncoso, marzo de 76, José Carpack, marzo de 76; Silvio Liuzzi, marzo de 76; Servín, marzo de 76; Francisco, marzo de 76; Omar Dinelli, marzo de 76; Luis L. Molina, Marzo de 76; Carlos A. Di Pietro, junio de 76; Raúl Rodríguez, junio de 76; diez seminaristas de la Salle, en Córdoba, en agosto de 76. Sacerdotes presos, torturados y después liberados: Juan Dievzeide, Víctor Pugnate, Juan Filipuzzi, Diego Orlandini, Jorge Torres, Jorge Galli, Raúl Costa, Eduardo Ruiz, Cacho Meca, Roberto D'Amico, Roberto Croce, Luis Quiroga, Mateos, Francisco Dalteroch, Pablo Becker y Esteban Inestal. Sacerdotes deportados: Santiago Revenet (Formosa), Néstor García (Rosario), Santiago Veeke (Córdoba) y Julio Suan (Mercedes). Sacerdotes exiliados voluntarios: Jorge Adute (San Martín), Rojan (Córdoba), Miguel Oblato (Córdoba), Juan José Palomino (Córdoba), Guido (Rioja), Paco Dalteroch (Rioja), Pedro Olagaray (Avellaneda) y Francisco (Formosa)". La lista de víctimas aumenta día a día, y contra lo que afirma el gobier-

no militar, más que reprimir alimenta la resistencia a la dictadura.

- (135) Excelsior, 27 de agosto (1976), p. 3 A. (135)
- (136) Ibid., 30 de noviembre (1976), p. 3 A. (136)
- (137) ICI 510 (1977), p. 39. (137)
- (138) Excelsior, 21 de marzo (1977), p. 14 A. (138)
- (139) ICI 513 (1977), p. 58. (139)
- (140) Excelsior, 23 de marzo (1977), p. 3 A. (140)
- (141) Mensaje 259 (1977), p. 304. (141)
- (142) ICI 523 (1978), p. 14. (142)
- (143) Ibid., p. 43. (143)
- (144) Excelsior, 7 de diciembre (1976), p. 3 A. (144)
- (145) Excelsior, 17 de abril (1978), p. 3 A. (145)
- (146) Excelsior, 22 de marzo (1978), p. 2 A. (146)